

EDUARDO P. MORALES PIÑA

ANTOFAGASTA

Hace unos años atrás, tuve el acercamiento a la escuela en donde conocí el Taijiquan o Taichi, que en un principio y de manera prejuiciosa, lo vi como algo místico que a través de movimientos armónicos y lindos lograría una relajación y tranquilidad mental, sin embargo, al adentrarme más en este mundo logre comprender que esta práctica es mucho más íntegra de lo que pensaba, pudiendo darme cuenta que a través del trabajo constante y la disciplina podía alcanzar un desarrollo más consciente de mi ser, no sólo en lo espiritual, sino que además en lo físico y mental.

Inicialmente no fue fácil, dado que está presente esa lucha interna y la resistencia al cambio, a la transformación de hábitos y de maneras de ver la vida. Sin embargo, a medida que avanzaba en el entrenamiento y la práctica pude notar que mis capacidades y limitaciones realmente no eran inalterables o inamovibles, si no que, al contrario, fui haciéndome consiente que dichos límites sólo eran mentales y comencé a fortalecerme cada día más con la constancia y la práctica. Actualmente me encuentro en proceso de cambio, sintiéndome optimista de mis avances, teniendo como hábito el taijiquan, que ya es parte de mi vida.

La transmisión del conocimiento de este arte interno, así como de otras disciplinas y cursos que imparte la escuela, no serían posible si no fuera por el compromiso, seriedad y la dedicación de sus profesores de los cuales estoy agradecido y que como anhelo personal deseo que puedan tener una mayor difusión, dado que estos conocimientos son de gran aporte para el desarrollo integral del ser humano y de nuestra sociedad.

